

Era muy estrictamente personal la opinión de Josías, favorable a las reformas, tanto que tres de sus hijos y uno de sus nietos, que reinaron después, tuvieron fama de reyes malísimos, gracias a las declamaciones de los devotos. Joachaz, Joiaquim, Joiakin y Sedecías, no fueron príncipes agradables a los *anavim*. Pero sería falso hacer creer que suprimieron el culto de Jehová, cuyo promotor fue su antecesor Josías. Todos admiraron a Jehová como dios nacional, unos más celosamente que otros.

La reacción que hubo después de la muerte de Josías se parece a la existente después de morir Ezequías. La secta pietista, dueña de la conciencia del rey, había excitado sordas cóleras entre los mundanos. Había cansado mucho esta hipocresía oficial.

No se persiguió al partido anavita; éste perdió el favor de la corte, y lo demuestra el hecho de que el movimiento de los *anavim* no encontró obstáculos en tiempo de los hijos y nieto de Josías. Los veinte años transcurridos desde la muerte de Josías hasta la ruina de Jerusalén, fueron tan fecundos para el desarrollo del judaísmo como los anteriores. La reforma religiosa había ganado tanto, que la buena o mala voluntad de los soberanos tenía únicamente una importancia secundaria. Habacuc, Uriah, Henan y otros profetas atizaban el fuego, y en esta atmósfera ardiente se formaba Ezequiel.

La dinastía y el partido militar y patriota semejaban fortalezas aisladas dentro de la nación, impulsada en distinto sentido por los devotos. Mérito debían de tener aquellos últimos soberanos de Judea, que trataron de luchar valerosamente contra la desorganización nacional, pero es peligroso para una nación contener una religión en su interior que batalla por nacer. Nabucodonosor y Tito fueron los instrumentos, si no de Dios, de una ley divina. La nación que trabaja por la humanidad siempre termina siendo víctima de la obra universal que lleva a cabo.

Joachaz, a lo largo de su corto reinado, excitó mucho la antipatía de

los amigos de su padre. El odio de Jeremías y sus adeptos contra Joiaquim aún fue mayor. Se le acusaba de construir palacios en medio de la angustia pública, por prestación personal. Ya en los primeros días del reinado de este príncipe, en las proclamas de Jeremías se manifestaban rencores contra lo presente, añorando lo pasado, con acritud concentrada.

Una vez lanzadas tan tremendas invectivas, ocurrió una escena violenta en el templo. Inspirado Jeremías por el espíritu, se situó en el patio sagrado para dirigirse a los peregrinos de Judá reunidos. Su predicación fue altanera y amenazadora. Si el pueblo no observa la ley que Jehová le ha dado, y no atiende a los profetas sucederá con el templo de Jerusalén lo que con el de Silo: la ciudad será destruida. Al oír esto se amotinaron sacerdotes, profetas y pueblo y se oyeron mueras. Jeremías se salvó gracias a los príncipes y a los oficiales del palacio, que dieron aquel día un bello ejemplo de tolerancia, defendiendo la libertad y la vida de su adversario. Recordaron que, en tiempo de Ezequías, Miqueas había dicho frases igualmente fuertes y no por eso se le mató; al contrario, se le escuchó, buscando apaciguar a Dios, y Dios cambió de opinión. El protector más decidido de Jeremías fue Ehiqam, el que intervino en el descubrimiento de la Thora. Aquel hombre, universalmente respetado, protegió al agitador imprudente y evitó que lo matase el pueblo. Normalmente el gobierno era paciente con Jeremías, probablemente en recuerdo de sus relaciones con Josías y de las consideraciones que entonces se le habían guardado.

Las proclamas furiosas de Jeremías eran constantes, y utilizaba como argumentos cualquier año de mala cosecha, atribuyéndolo a los pecados del pueblo.

Este método de terror, organizado por un individuo fuera del Estado, era contrario a cualquier orden público, y cuando Jeremías nos dice que los falsos profetas combatían a los alarmistas, se nos figura que era al revés. Para Jeremías, el instrumento del castigo divino, que diariamente anunciaba a Jerusalén, no podía ser Egipto. No se había levantado aún el pabellón del poderío caldeo, pero Jeremías sabía que el torrente de la devastación vendría, como otras veces, del Este y del Norte.

Tenía adversarios que, no protegidos por los mismos escrúpulos y los mismos recuerdos, encontraban a la autoridad menos respetuosa para sus huesos. Con este grupo de aulladores era imposible todo gobierno. Un tal Uriah echaba contra el país y la ciudad espantosas amenazas. El rey, los capitanes, los príncipes, todo el partido patriótico y guerrero se sintieron irritados por este ensañamiento en desalentar a la nación en momentos tan críticos. Decidieron acabar con Uriah, que huyó a Egipto. Pero Joiaquim envió a Elnathan y a otros, para que lo prendieran en el camino, y se apoderaron de él, y lo entregaron al rey, que lo mandó degollar y enterrar en la fosa común.

No era posible el recuerdo entre fanáticos, que querían ver a la patria destruida antes que verla menos santa de lo que ellos habían soñado, y militares no impíos, pero incapaces de concebir grandes refinamientos en religión.

En medio de tantas contradicciones, ¿quién podía considerarse sin

pecado...? El que teme equivocarse y a nadie llama ciego; el que no conoce con precisión el objeto de la humanidad, pero de todos modos siente cariño por ésta y por su obra; el que busca la verdad dudando y le dice a su rival: «Tal vez aciertes más que yo»; el que deja a los demás toda la libertad que él disfruta. El que así actúa puede dormir tranquilo y esperar en paz el juicio del mundo, si es que hay tal juicio.